razones se desmayan y estallan los sollozos; y si uno de ellos ve de improviso á la hija de la víctima, el espanto se apodera de él á su vez, y el estremecimiento de sus miembros viene á descubrir el secreto de sus angustias y de su crímen.

»Señores, en nombre de toda la sociedad tan justamente conmovida, reclamamos que se haga justicia; lo reclamamos en nombre de todas las leyes divinas y humanas. Es preciso que la ley hiera á los culpables y que un ejemplo grande y saludable venga á la vez á aumentar la seguridad de las personas honradas, y á introducir el terror en las almas pervertidas.»

Despues de una defensa muy floja de Lesage, M. Nogent Saint-Laurens emprende la difícil tarea de defender á Soufflard, y pronuncia un alegato brillante y hábilmente combinado. Sus mayores esfuerzos versan sobre las declaraciones de Micaud.

«Micaud, dice, amaba á una mujer que le ha abandonado por otro, Eugenia Alliette, que le dejaba por entregarse á Soufflard, y su amor se resistia á la traicion. Señores: esta es la pasion mas viva y mas cruel que puede concebir el hombre; Micaud, vendido, abandonado, no podia olvidar á aquella mujer; en vano trataba de borrar sus recuerdos, de arrancar aquella pasion de su corazon con toda la fuerza de su raciocinio, con toda la energía de su desesperacion. La imágen de aquella mujer le perseguia siempre, no podia olvidarla, y sus infidelidades agriaban mas su pena... se volvió como insensato... maldijo á Soufflard, y lo denunció... ¡El estravío de su mente se habia convertido en una vergüenza!... Y no se nos venga á decir que el amor que Micaud profesaba á la Alliette era fingido, una pura farsa; no venga á decírsenos esto, porque Micaud corria las casas de prostitutas... No, trataba de aturdirse obrando asi, y nada mas. Bien lo sabeis, señores, á enfermedades violentas, remedios violentos, y Micaud queria curar con una vida desarreglada las pasiones ardientes que devoraban su alma.

»Hay todavía otra consideracion sobre la cual no puedo menos de hablar, porque, segun mi modo de sentir, nos manifiesta á Micaud tal como es en sí. Seguramente que Micaud ha vuelto varias veces contra sí la acusacion formulada por él contra los demás. Sí, Micaud se falta á sí mismo, se pierde; el egoismo, ese sentimiento universal al que varios filósofos han llamado el móvil universal de las acciones humanas, se ha desvanecido en el alma de Micaud. ¡Oh! ¡cuando el hombre llega á tal estremo, cuando su dolor rompe ese sentimiento inveterado, natural, inquebrantable, que se llama egoismo, ese hombre ha traspasado los límites de la desesperacion, y se encuentra próximo á la locura! Tal es Micaud, y vosotros no podeis aceptar su demencia con respecto á Soufflard, porque entre este y Micaud existe un ódio ardiente, una pasion rota, una venganza cumplida.»

Despues de las otras defensas, que como ha sucedido con la del elocuente abogado, no han podido debilitar la conviccion de los jurados, se interpela á los reos para que digan si tienen algo que añadir á su defensa. (Audiencia del 19 de marzo.)

Lesage, que afecta impasibilidad, pero cuyas facciones pálidas y estiradas demuestran una inquietud interior muy grande, toma la palabra, y discute los hechos que le conciernen.

«Se supone, dice, que soy un hombre de profesion. Siete años he servido en el 35 de línea, y seguramente que nadie me ha tenido allí por asesino, como se quiere decir gratuitamente. Siempre he pasado por un calavera, concedido; por un borrachete, lo sé; tambien es cierto. En presidio ha sucedido lo mismo; pero borracho y asesino son dos cosas muy distintas.»

Soufflard cuenta á su modo su historia desde que salió de presidio. Dice, que sabiendo que Micaud estaba bien y que se habia *casado*, dijo para sí: «Yo tengo un apeadero.» Micaud le ha prestado algunos efectos, y no ha querido recibir dinero por esto. «Allí, dice, fue en donde conocí á la jóven Alliette; esta empezó por contarme sus miserias. Micaud la tenia siempre amarrada á la cadena, y no la dejaba salir de casa jamás; la encerraba siempre que él salia á alguna visita. De noche se la llevaba consigo, pero nunca la sacaba de casa de dia. Yo, añade Soufflard, le dije un dia á Micaud que en esto hacia muy mal. Querido, le dije, no sabes lo que te pescas; si quieres hacerte amar de una *señora*, no es asi como debes manejarte.

»Para daros una idea de los zelos de Micaud, añade Soufflard, sabed que estos llegaban hasta el estremo de escribir una M con lapiz en los zapatos de Alliette siempre que él salia; si la M se habia borrado al volver, veia que tambien ella se habia marchado de su casa. Asi es que Micaud y yo hemos estado desde entonces en una especie de discordia. Despues de lo mucho que yo me he interesado por la suerte de aquella criatura, es cuando se ha visto que yo habia tenido relaciones con Alliette.»

Soufflard dice esto con fatuidad y mirando á Micaud; este cierra los puños de rabia.

«Un dia que estábamos incomunicados, prosigue diciendo Soufflard, Micaud ha visto que Alliette me habia enviado 5 francos y á él nada. Esto le ha dejado *patitieso*; os refiero el hecho únicamente para mostraros la *vindicacion* que puede tener Micaud contra mí.

»Luego, discute Soufflard acaloradamente y con bastante habilidad los cargos que contra él resultan. Recuerda su desnudez cuando hubiera debido tener dinero; dice que el portero tenia interés en reconocerle, sopena de perder su plaza. «Se hubiera dicho: ¡Vaya un portero que no conoce á un individuo que ha visto entrar en la casa!... ¡y por esto dice que me ha conocido! yo no tengo nada mas contra mí que la declaracion de ese hombre.»

Y el acusado trata de probar la coartada. «Por otra parte, dice, en mi casa no se ha hallado un sueldo; Alliette tenia empeñados sus chales en el Monte de Piedad. El uno y el otro dormíamos sin sábanas en unas camas compuestas de jergon y colchon, y para abrigarnos no teníamos mas que una pobre manta. Esto se llama estar en la miseria; los que roban, no tienen tantas privaciones. Asi, pues,

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación